



EN LO QUE TODOS COINCIDIMOS

Un grupo de mujeres intercambió peticiones con sus maridos. En una coincidieron ambos. Era ésta: que el otro no alzara la voz para hablar.

Ya que es algo que todos deseamos, ¿por qué no nos lo proponemos cada uno y nos lo exigimos a nosotros mismos, más que pedirlo a los demás? ¿Qué es preferible: dulzura y amabilidad o bien dureza y enfado? Decía el gran san Francisco de Sales que "acuden más moscas a una gotita de miel que a un barril de vinagre".

Hablemos con dulzura y amabilidad, y esto hará siempre bien.

"Que vuestro uniforme -decía san Pablo- sea la dulzura, la bondad, la comprensión".

Unos matrimonios me hablaban de lo mal que contestaban los hijos, de cómo alzaban la voz. Y les pregunté, a aquellos padres que me lo comentaban, ¿quién de vosotros podría decirle a su hijo: tu has visto alguna vez a papá alzar la voz de esa manera a mamá"? Y lo mismo a vosotras, las mujeres. Y, claro, comprendieron que el defecto de los hijos era heredado, contagiado.

Dicen que una vez una mujer fue a pedir consejo a un anciano sacerdote sobre cómo evitar las trifulcas diarias con su marido, cuando él llegaba a casa enfadado y alzando la voz, pues enseguida se armaba una gorda entre los dos.

Y aquel anciano sacerdote le dijo que tenía un remedio, un agua milagrosa. Fue a buscarle una botella y se la regaló con este consejo: "Mire Vd., para que sea eficaz es cuestión de tomar un sorbo de esta agua, pero sin tragársela, reteniéndola en la boca todo el tiempo posible. Así, cuando su marido llegue, usted se pone esta agua en la boca y la aguantando cuanto pueda".

¿Verdad que era un remedio eficaz? Claro, si no contestamos, el otro, normalmente, se serena, se temple. Y todo se pasa fácilmente.

Este tema, que es de ejercicio diario, lo podríamos concretar en tres propósitos: Primero: saber frenar. Vale más una palabra por decir, que no tenerla que retirar después. Cuando estamos disgustados, cuando algo nos ha sentado mal, lo primero de todo, frenar, callar.

Segunda: Trata de decir lo que tengas que decir, como te gustaría que te lo dijeran a ti'.

Y por último: Si se te ha escapado este dominio de ti, si has alzado la voz, pide perdón siempre.

Hagamos la prueba. A ver cómo va vuestra familia si nos proponemos esto: no alzar nunca la voz para hablar.

E.F.

UN HOMBRE CONTRA EL EMPERADOR

Basilio fue un santo que no tuvo miedo de oponerse a un emperador, diciéndole que había sido cruel con su pueblo y que no vivía según los principios cristianos.

Basilio fue un MAGNO obispo (o sea, un "gran" obispo) que vivió en una civilización que hoy nos parece exótica y remota: el imperio bizantino. La nación de Basilio fue la primera nación cristiana y muchos de los grandes sucesos de la Iglesia primitiva ocurrieron allí: los primeros concilios de la Iglesia, los primeros maestros y también algunos de los problemas más complejos. Era un mundo en el que la Iglesia corría el peligro de ser aplastada por sus enemigos, pero el arrojado Basilio y otros líderes valientes defendieron la FE y salvaron a la Iglesia.

No mucha gente puede ser tan valiente como los santos de la Iglesia primitiva. Probablemente nunca tendremos que hablar con un emperador, pero debemos ser valientes en el mundo que nos toca vivir.

EL ENTIERRO DE LA EMPERATRIZ

Cuando falleció la emperatriz de Austria, Zita, el cortejo, de una riqueza suntuosa y de una pompa extraordinaria, llegó ante la catedral. Las puertas están cerradas. El chambelán golpea varias veces con la empuñadura de su bastón. Desde dentro, una voz le pregunta: « ¿Quién es? » El chambelán anuncia: «La Emperatriz...» y va recitando largo y tendido todos los títulos de la difunta. La voz -la del arzobispo de Viena- le contesta: «Que siga su camino...»

Entonces el chambelán golpea de nuevo: « ¿Quién es? »

En ese momento, el chambelán contesta: «Zita (su nombre de pila), una humilde pecadora». Y entonces se escucha: «Que entre». Y se abren las puertas.

Lo que nos da derecho a entrar en el cielo no son nuestros méritos ni nuestros títulos. Podría pensarse que a Dios le interesarían sobre todo nuestras hazañas, nuestros éxitos, nuestros actos heroicos. En realidad, Dios mira el corazón, la confianza, la humildad, el deseo que mueve nuestro corazón.

Pierre Trevet

EL HOSPITAL IMPOSIBLE

Las herejías medievales partían del principio de que, para purificar a los otros, la Iglesia misma debería ser pura, la incontaminada esposa de Cristo. Los sacerdotes pecadores no pueden purificar a ninguno pues ellos mismos necesitan ser purificados. Esta exigencia parece noble pero es irrealizable. ¿Quién puede decir respecto a sí mismo que está sin pecado? Sólo un fariseo. Todos los otros dicen: «Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador» (Lc 18,13).

Que esta es una herejía se puede ilustrar con un ejemplo. Imaginémos un hospital en el que sólo se admita a las personas sanas. Cada uno debería primero curarse para poder entrar. Un hospital así no es necesario. Por eso tampoco serviría una Iglesia de ese tipo. En consecuencia, siempre se sostuvo que los pecadores tienen el derecho de ciudadanía en la Iglesia porque sólo así pueden purificarse.

LA AYUDA RECÍPROCA

En Africa existen todavía leprosos. En Kinshasa (Congo), tres hermanas belgas llevaban a un leproso. Ellas habían organizado una leprosería en la que era muy importante la ayuda recíproca entre los enfermos; la experiencia posee un gran valor, incluso desde el punto de vista psicológico. Cuando llegó a la leprosería, el nuevo enfermo estaba muy abatido, pensando que para él la vida ya terminaba. Sin embargo, viendo a otros que estaban en su misma situación, que se ayudaban recíprocamente, recuperó el coraje y trabajó según sus posibilidades.

Existen diversos tipos de ayuda recíproca. En primer lugar, se encuentra el ejemplo. Un proverbio de los antiguos romanos afirmaba que el camino de la instrucción es largo, en cambio el del ejemplo es breve y eficaz. En las escuelas antiguas, la moral se enseñaba proponiendo ejemplos de hombres famosos. Los cristianos retomaron este método adquiriendo la costumbre de leer la vida de los santos. Hoy también necesitamos este método educativo. La gente piensa de forma concreta. Ve el mal a su alrededor y en los periódicos. Es por lo tanto, muy útil, poder ver buenos ejemplos a nuestro alrededor.

Otra ayuda es una buena palabra. La Iglesia considera el servicio de la palabra como su deber fundamental. Lo realiza a través de la predicación, de las publicaciones de libros, de la enseñanza del catecismo... Sin embargo, puede ser muy eficaz la palabra privada dicha en un momento oportuno.

CALMA, CALMA, CALMA

Según sus amigos, Juan no anda sino que «trota». Se mueve casi al galope. Sus movimientos son bruscos y rápidos y esa agitación la expresa en muchas de sus conductas: por ejemplo, desayuna mientras lee el periódico, consulta la correspondencia, ve la televisión y llama por teléfono al mismo tiempo. No soporta la lentitud con que viven la mayoría de las personas. De ahí que suela impacientarse en situaciones en las que tenga que esperar un cierto tiempo, por ejemplo haciendo cola en la caja del supermercado o en un atasco de tráfico. "Calma que la prisa mata el alma". No sólo al cuerpo del que decía Gregorio Marañón: «El trabajo sin prisa es el mayor descanso para el organismo».

LOS DOS AMIGOS

Había dos amigos que eran labriegos. Uno se llamaba Román y el otro Roque. Estaban casados y tenían hijos.

Tenían algunas tierras, Román muchas más que Roque, y las trabajaban duramente, de sol a sol.

Un día Román enfermó y al ver que no podía trabajar pactó con su amigo, de palabra, por la confianza que había, que trabajara también sus tierras y al final dividirían la cosecha a partes iguales.

Días y días de sol, lluvia y frío. Ciertamente Roque necesitaba el dinero pues su familia era numerosa y sus propiedades pocas, pero también deseaba ayudar a su amigo, aquel con el que tomaba el café mientras jugaban a las cartas.

Para sorpresa de todos la cosecha fue mejor de lo esperado. El amigo trabajador hizo planes con los suyos, porque esperaba que el enfermo cumpliera su palabra. Restablecido de la enfermedad y sabedor de que no había ningún documento firmado, Román ignoró el pacto y se limitó a pagarle proporcionalmente al tamaño de las tierras con gran perjuicio para Roque.

Roque era un hombre bueno y prudente. Estaba dolido, pero la injusticia no le ofuscó la sabiduría, y decidió parar la bola de nieve de habladurías que tomaba unas proporciones más gigantescas.

Algunos lugareños entendieron su actitud, pero otros le acusaron de cobarde o de haberse arrepentido de sus mentiras. Una noche su esposa, que lo amaba, le preguntó sobre su cambio de actitud y su aparente debilidad. El exclamó:

-Ojala no hubiera sucedido todo lo que ha sucedido, porque no deseo veros sufrir. Pero gracias a lo acontecido mi vida ha cambiado y para bien. ¿Que me han engañado?, pues sí, lo acepto. Pero ahora me he ganado el respeto que yo me tengo a mí mismo, por ser fiel a la amistad y a la palabra dada; el respeto ante vosotros, mi familia: somos un poco más pobres, pero estáis orgullosos de mí, y nuestros hijos también serán hombres de palabra. Me he granjeado el respeto de mis amigos de verdad, ya que ellos saben que de mí sí se pueden fiar y de otros no. Y sobre todo he actuado según lo que Dios quería. Tengo paz en mi corazón. Creo en Él y cuando muera podré cerrar los ojos con la confianza de saber que nada debo temer, porque Él lo sabe todo.

Transcurrió el tiempo. El sol volvió a salir, el cielo se llenó de nubes y los pájaros anidaron en el bosque. Roque tuvo días buenos y días no tan buenos, como todos, pero se le notaba sereno y con paz. Hablaba con Dios y sabía que El era su amigo.

